

MEMORIAS Y DESAHOGOS

Amando DE MIGUEL

(Madrid: Infova, 2010, 601 págs.)

Esta obra consiste en una autobiografía en parte personal, y en mayor medida intelectual y académica, del sociólogo conocido y de relieve Amando de Miguel; estamos ante unas amplias páginas que tuvieron un antecedente concreto —cabe señalar— en el libro previo del propio autor *El final del franquismo. Testimonio personal* (2003). Ahora de Miguel manifiesta cómo «muchas personas percibirán que han vivido algo parecido a lo que cuenta el autor», y en efecto así puede ocurrir: la común dedicación administrativo-laboral que tenemos con este sociólogo, hace que ciertamente poseamos la experiencia de más de una situación enteramente análoga a las que se nos relatan en las páginas presentes, y lo mismo cabe que le suceda a otros colegas.

Amando de Miguel subraya el amplio papel que juegan en cada vida humana las circunstancias y en definitiva el azar, y de esta manera proclama: «Lo que conseguimos en la vida o nuestra forma de ver el mundo es en gran medida un producto del azar. Es decir, lo determina la posición o la conducta de otras personas de las que dependemos o con las que nos relacionamos. De ahí lo tonto que es, en el fondo, sentirse orgulloso de pertenecer a una fa-

milia, un país, un club de fútbol. En todo ello hay menos mérito personal de lo que parece o de lo que hacemos ostentación». Aunque el autor no lo diga de manera expresa, estamos ante la distinción hecha por la Sociología entre lo «adscriptivo» y lo «adquisitivo»: esto segundo es el logro alcanzado mediante el esfuerzo personal, mientras lo primero es lo que nos viene dado casi sin mérito alguno por nuestra pertenencia a cierto país, a un grupo de presión, a determinado colectivo, a una familia, etc.; Amando nota aquí el gran peso biográfico que puede tener lo adscriptivo, aunque justamente el caso que nos relata de su vida de estudio es justamente ejemplo de lo adquisitivo, del logro alcanzado mediante el esfuerzo personal continuado. Por otra parte creemos nosotros que en la aludida «conducta de otras personas de las que dependemos o con las que nos relacionamos» no se da sólo el azar, sino la consciencia, que cabe que sea recta o torcida; y puede darse la invidencia activa, a la que por ejemplo aludió una vez Menéndez Pidal tras observarla en algún contemporáneo suyo; etc.

Al menos diez veces a lo largo de estas *Memorias* proclama el autor la ética del trabajo personal, del esfuerzo: «en buena parte —escribe— lo que ha dado sentido a mi vida ha sido el trabajo», la «ética del esfuerzo»; «lo que se llama afán de superación o ética del esfuerzo y del sufrimiento, todo eso lo aprendí de mi madre», confiesa asimismo, e igualmente: «es un esfuerzo constante que produce desgaste y no pocas tribulaciones». El autor estima que el presente valor del esfuerzo no se halla estimado en la sociedad en la que vive, y de ahí seguramente tales «tribulaciones» a las que alude; de hecho en un momento del presente texto proclama que «la vesania que se cuece en el círculo intelectual español no tiene límites», y él mismo tiene dedicada una obra a cien años específicos (1898-1988) de pesimismo español, expresión un tanto eufemística, pues lo que muestra tal libro es la existencia estructural de cien años de resentimiento social en la vida comunitaria española (se trata de un análisis que nos parece fascinante, y que desarrolla alguna comprobación de Ortega y Gasset que puede añadirse al escrito de De Miguel). En la misma línea confiesa nuestro sociólogo cómo el «desautorizar [...] el error [ajeno] me ha valido algunos disgustos»: efectivamente Menéndez Pidal tiene proclamado que la imparcialidad acarrea disgustos.

La temática a la que se ha dedicado Amando de Miguel es la de «una tenaz exploración de la sociedad española»: en este sentido publicó tempranamente no ya el primer y el segundo Informe Foessa (1966; 1970), sino un *Manual de estructura social de España* (1974), obra que nos parece un tanto olvidada o inadvertida pese a su relieve; aunque es un manual al que faltan

capítulos, la verdad es que esos capítulos se hallan en todo o en parte desarrollados en otras publicaciones del autor.

Amando de Miguel y sus colaboradores llegaron ya en fechas tempranas a acumular «una de las más completas» colecciones «de estadísticas sobre la sociedad española contemporánea», y ésta es una afirmación suya capital: en verdad la obra de nuestro sociólogo encierra una acumulación de datos y análisis sobre la España más contemporánea como acaso ninguna otra debida a un esfuerzo en buena parte personal; lo más empírico y analítico de lo aportado por el autor difícilmente se encontrará en otro sociólogo. El historiador Ricardo de la Cierva escribió una vez que por esta aportación empírica el sociólogo tenía méritos mayores para haber sido nombrado académico de la Historia.

El primer y más importante maestro de nuestro autor fue Juan J. Linz, de quien dice que le aconsejó no especializarse; «creo [no obstante] —manifiesta— que me pasé un poco en mi afán generalista». En realidad A. de Miguel sí resulta especialista en algunas materias (estructura social de España, según queda dicho, y, dentro de ella, demografía, cultura política —franquismo y autoritarismo social—, educación, etc.), aunque asimismo se ha acercado a cuestiones filológicas —análisis de textos literarios, asuntos idiomáticos—; es lógico que en lingüística no pueda tener toda la necesaria preparación técnica, como un filólogo no la posee en demografía. En verdad este asunto de la especialización resulta debatido; hoy por ejemplo por parte de algunos gramáticos se reclama la mucha especialización, pero para escribir de la materia y ejemplificar en ella hace falta también poseer conocimientos filológicos y literarios, ya que si no, se incurre en errores en la identificación y la fechación de textos y en su interpretación y clasificación: la experiencia de los resultados publicados demuestra que tanto el lingüista como el estudioso de la literatura han de poseer una formación razonable en filología general. En este sentido de no sólo especializarse, sino de poseer además una formación general en lo pertinente, va una idea que recoge el autor: «Como dice San Pablo el que se pierde se salvará. La cita la repetía mucho por entonces José Antonio Maravall».

De Linz dice su discípulo Amando de Miguel que aprendió «Historia y Sociedad de la España contemporánea», y destaca en su maestro «el ímpetu y la resistencia con que se enfrentaba a la vida» y «su talante voluntarioso»; en lo humano más de raíz y asimismo en lo intelectual-laboral, la impronta de su madre María y su maestro Linz bien se notan en el autor de estas *Memorias y desahogos*.

Un profesor de la Facultad madrileña de Políticas al que recuerda también De Miguel es —según queda visto— José Antonio Maravall, acerca de quien asimismo escribe (estamos en la segunda mitad de los años cincuenta, al final de la que nuestro sociólogo ha denominado «Era Azul» del franquismo): «En algún caso tuvo lugar el increíble episodio de la recomendación que nos hizo José Antonio Maravall para leer *La Regenta* de Clarín y *AMDG* de Pérez de Ayala. No las pudimos encontrar ni en librerías ni en bibliotecas. Eran obras vitandas, perseguidas por la censura. A mí mismo me resulta difícil creer hoy que entonces no pudiéramos encontrar esas obras. El anticlericalismo que contienen parece hoy inocente». Desde luego, el episodio resulta «increíble» por dos motivos, a saber: el de que un profesor recomensase esas concretas lecturas en la «Era azul», y el que tales textos no resultasen accesibles.

En todo caso y a pesar de esto que acabamos de ver, «la Universidad ha ido para atrás», que es el «vamos a menos», proclamado tan oportunamente por Juan Goytisolo. Según mantuvo un popular filólogo ya desaparecido, todos hemos puesto la mano en ese ir hacia atrás de la institución universitaria, aunque resulta imprescindible añadir que no es desde luego la misma la responsabilidad de quienes han tenido autoridad pública en ella que la de los catedráticos más o menos poderosos, ni la misma tampoco la responsabilidad de las minorías señaladas que la de los catedráticos de a pie, que pueden demostrar que han prestado servicios desinteresados.

Muchos otros datos de autobiografía intelectual e incluso personal —padres, matrimonios, la muerte de una novia joven— se encierran en estas páginas; los desahogos aludidos en su título no son muchas veces sino comprobaciones de un sociólogo empírico, que insiste hacia el final de las *Memorias* en que «el que insulta es porque se siente débil» y en que «la desgracia del projimo ayuda a soportar el fracaso propio», que no son sino enunciados de la verdad establecida por la Medicina de que las reacciones desproporcionadas revelan íntimas inseguridades y tormentos.

El contenido de este libro nos ha resultado familiar: venimos leyendo con libre admiración obras de Amando de Miguel desde principios de los años setenta —lo que no excluye algunos desacuerdos en varias estimaciones que él tiene—, y recordamos así de memoria en este sentido cómo nos han resultado muy sugestivos su librito *Sociología o subversión* y el texto técnico y de envergadura ya mencionado *Manual de estructura social de España*, lo mismo que *El miedo a la igualdad* [entre hombres y mujeres], *40 millones de españoles 40 años después*, etc.; recordamos su tipología socioeconómica de

las diferentes Españas —que algunas veces hemos recogido—, las colaboraciones quincenales en «Blanco y Negro» (creemos que —por desdicha— nunca recogidas en volumen), etc. Desde hace unos lustros escribe también de asuntos lingüísticos.

Quede ahora una noticia inicial acerca de este discurso autobiográfico, de las presentes *Memorias y desahogos*.

Francisco Abad